

Hegemonía, sentido común y lenguaje

Antonio Paoli
Universidad Autónoma
Metropolitana-Xochimilco
México

El sentido común, dice Gramsci, es un nombre colectivo como “religión”; no existe solo un sentido común, pues también éste es un producto y un devenir histórico.¹

El “sentido común” de una sociedad determinada, está hecho de la sedimentación de diversas concepciones del mundo, de tendencias filosóficas y tradiciones que han llegado fragmentadas y dispersas a la conciencia de un pueblo. De ese “sentido común” se tomarán referencias y ordenamientos que justifiquen o repreuben los actos de la vida pública y privada.

Se puede pensar de un modo y actuar de otro, pueden unas normas dirigir el pensamiento y otras la acción. La pluralidad del sentido común en su devenir, ofrece amplias posibilidades de mutación que parecen caprichosas.

¿Cómo explicar ese ordenamiento y desordenamiento del sentido común? ¿Qué hace que el pueblo tome ciertos elementos de una concepción del mundo en vez de otros? ¿Por qué unos quedan en su memoria por siglos y otros son efímeros? ¿Por qué pueden ser contradictorias las normas del pensar y el obrar en grandes multitudes?

“Este contraste entre el pensar y el obrar, esto es, la coexistencia de dos concepciones del mundo, una afirmada en palabras y la otra manifiesta en las obras, no se debe siempre a la mala fe. La mala fe puede ser una explicación satisfactoria para algunos individuos singularmente considerados, o también para grupos más o menos numerosos, pero no es satisfactoria cuando el contraste se verifica en las manifestaciones de la vida de las amplias masas; en tal caso, dicho contraste sólo puede ser la expresión de contradicciones más profundas de orden histórico social. Significa ello que un grupo social tiene su propia concepción del mundo, aunque embrionaria, que se mani-

¹ Antonio Gramsci, *Materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Ed. Lautaro, Buenos Aires, 1958, p. 14.

fiesta en la acción, y que, cuando irregular y ocasionalmente... por razones de sumisión y subordinación intelectual, toma en préstamo una concepción que no es la suya, una concepción de otro grupo social, la afirma de palabra y cree seguirla, es porque la sigue en 'tiempos normales', es decir, cuando la conducta no es independiente y autónoma, sino precisamente sometida y subordinada. He aquí por qué no se puede separar la filosofía de la política, y por qué se puede demostrar, al contrario, que la elección de la concepción del mundo es también un acto político".²

El sentido común se desarrolla y define en interacción con el ordenamiento de la vida social. La adhesión o repudio de una alternativa política reestructura el pensamiento, reformula sus modos de operar.

El dominio tiende a crear formas ambiguas de sentido común. Ambigüedad que puede manifestarse en la sumisión y la agresividad respecto de los dominadores. Burla y respeto se alternan y ofrecen un comportamiento contradictorio.

El sentido común se va construyendo con una historia de la que la memoria popular toma sus referencias y sus juicios. Las clases subalternas construyen un mundo heteróclito y abigarrado, terriblemente contradictorio. Sin embargo, todo pensamiento, por asistemático y contradictorio que se presente, guarda una coherencia y un sentido desde el punto de vista de su elaboración. Para entender la "coherencia" del sentido común, hay que estudiarla como un conjunto de respuestas conceptuales y de acción que se han ido formulando para adaptarse a esas circunstancias. Las adaptaciones que se sucedieron en el pasado de un pueblo y se han ido sedimentando en su actuar y pensar, constituyen recursos culturales de los que ese pueblo puede echar mano.

"El comienzo de la elaboración crítica es la conciencia de lo que realmente se es, es decir, un 'conócete a ti mismo' como producto del proceso histórico desarrollado hasta ahora y que ha dejado en ti una infinidad de huellas, recibidas sin beneficio de inventario. Es preciso efectuar, inicialmente, ese inventario".³

El sentido común se ha ido plasmando en el lenguaje, en los ritos, en las supersticiones, los proverbios, las historias, y en toda una gigantesca gama de representaciones. Todas ellas tienen su coherencia histórica.

Para Gramsci todos los hombres son filósofos, aunque su filosofía sea espontánea e inmediatista, "porque incluso en la más mínima manifestación de una actividad intelectual cualquiera, la del 'lenguaje', está contenida una determinada concepción del mundo".⁴

Ante esto nuestro autor se plantea el problema de "si es preferible 'pensar' sin tener conocimiento crítico, de manera disgregada y ocasional; es decir, 'participar' de una concepción del mundo 'impuesta' mecánicamente por el

² *Ibid.*, p. 14-15.

³ *Ibid.*, p. 12.

⁴ *Ibid.*, p. 11.

ambiente externo... o es mejor elaborar la propia concepción del mundo de manera consciente y crítica".⁵

La respuesta parece evidente, pero no es tan sencilla. Por la conformación de un sentido común, se pertenece a un agrupamiento. Siempre se es conformista de algún conformismo determinado y estructurado socialmente. Esa concepción del mundo "impuesta", es resultado de una adaptación colectiva, de una respuesta colectiva. No es fácil romper con todas las identidades que a uno lo han conformado.

Sentido común y hegemonía

Cuando los dirigentes de un movimiento social se identifican y son identificados por el pueblo como gente que participa de los sentimientos y las pasiones populares, están en condiciones de reorientar el sentido común. El pueblo transformará su sentido común ante las nuevas evidencias históricas. El desarrollo de acciones que entrañen finalidades buscadas por los grandes contingentes humanos, propiciarán la receptividad. Es en este contexto donde el intelectual, el político-intelectual, podrá formular nuevas tendencias que reestructuren el orden intelectual y moral.

Es en el contexto de los grandes movimientos populares, donde diversos pueblos, territorios y culturas se unifican en torno de una dirección política. Surgen allí condiciones para la creación de una unidad, de un bloque, que aunque contingente y provisional, posibilita la creación y difusión de elementos que incidirán en los diversos sentidos comunes y tenderán a generar un lenguaje nacional.

"Si las relaciones entre intelectuales y pueblo-nación, entre dirigentes y dirigidos —entre gobernantes y gobernados— son dadas por una adhesión orgánica, en la cual el sentimiento-pasión deviene en comprensión, y por lo tanto, saber (no mecánicamente, sino de manera viviente), sólo entonces, la relación es de representación y se produce el intercambio de elementos individuales entre gobernantes y gobernados, entre dirigentes y dirigidos; sólo entonces se realiza la vida de conjunto, la única que es fuerza social. Se crea el 'Bloque Histórico'".⁶

En ninguna sociedad, y mucho menos en una sociedad nacional, existe una armonía perfecta. La pluralidad cultural, las yuxtaposiciones costumbristas, los enfrentamientos territoriales, las pugnas políticas, las diferencias lingüísticas, siempre son una realidad presente y plural, conflictiva y contrastante. Gramsci se plantea la cuestión como un problema que deberá enfrentar cualquier gobierno. Se pregunta cómo concebir el problema de la unidad político-cultural del estado-nación, y se responde con el concepto so-

⁵ *Ibid.*, p. 11-12.

⁶ *Ibid.*, p. 121.

reliano de “bloque histórico”⁷ entendido como la designación de una unidad nacional, siempre provisional y contingente, que permite el desarrollo de estructuras nacionales de gobierno. Permite también el desarrollo de fórmulas conceptuales que buscan deslindar los procesos que inciden en la conformación del sentido común de la nación. En el interior de un “bloque histórico”, o desarrollando las condiciones de su unidad, surgen uno ó varios aparatos de hegemonía que pugnan por dirigir y controlar todo aquel bloque del pueblo-nación.

Detengámonos un momento en los conceptos de hegemonía y aparato de hegemonía. A lo largo de su extensa obra, Gramsci varía el sentido con el que habla de ellos. Según Christine Buci-Glucksmann, en su libro *Gramsci y el Estado*, principalmente la hegemonía designaba en el texto gramsciano hasta 1926 la estrategia alternativa del proletariado. Esta forma de entender la hegemonía, aún está presente en sus artículos sobre la “cuestión meridional”. Pero en el Cuaderno primero de la cárcel opera una inversión del campo de análisis: el concepto de hegemonía se ve especificado por el de aparato de hegemonía, y al usarlo se refiere ante todo a las clases dominantes. Sin embargo, en los Cuadernos 7 y 8 la hegemonía se va refiriendo cada vez más a las estructuras del Estado. Aunque hay que aclarar que no se reduce necesariamente a la burocracia estatal, sino que los conceptos de hegemonía y de aparato de hegemonía también se refieren a la articulación y consolidación de clase, en un proceso de transformación revolucionaria.⁸

Aquí entenderemos el concepto aparato de hegemonía de esta última manera. Es decir, como un sistema político-cultural de clase, que tiende a cohesionar cada vez más orgánicamente a determinado contingente humano y a imponerle sus finalidades sociales, sus formas ideales de organización político-económica y que, por ello mismo, se estructura como un sistema de dirección y dominio. La hegemonía sólo puede existir y desarrollarse en tanto existe un aparato de hegemonía bien organizado, que genera un conjunto institucional y un proceso de transformaciones culturales adecuadas a sus necesidades sociales.

La hegemonía no es un asunto personal, no consiste en la dirección del presidente X o del rey Z, sino que se refiere a la dirección y dominio que puede ejercerse sobre un estado-nación, gracias al aparato de hegemonía a cuyo frente está el rey o presidente.

Ese pueblo-nación supone un contingente humano que de alguna manera se ha unido, se ha hecho bloque. Bloque histórico y contingente, con sus peculiaridades dadas por sus sistemas de unificación y sus relaciones de producción. Elementos claves de la conformación social, a partir de los cuales tendrá que estructurarse cualquier nuevo aparato de hegemonía.

Las formas de dominio y dirección, de coacción y consenso que desarrolle el aparato de hegemonía para gobernar al pueblo-nación, constituido provi-

⁷ *Ibid.*, p. 236.

⁸Christine Buci-Glucksmann, *Gramsci y el Estado*, Siglo xxi, 1979, p. 65.

sionalmente en bloque, no podrán desarrollarse al margen de las relaciones sociales de producción. Esas relaciones de producción, constituyen un orden que ha de ser reforzado o transformado, pero no podrá ignorarse. El orden social y sus representaciones hechas sentido común, se han desarrollado a partir de las relaciones estructurales que conforman rasgos fundamentales de la sociedad.

“La estructura y las superestructuras forman un ‘bloque histórico’, o sea que el conjunto complejo, contradictorio y discorde de las superestructuras, es el reflejo de las relaciones sociales de producción”.⁹

El aparato de hegemonía que pretende subvertir el orden de esas relaciones de producción, tendrá que transformar el sentido común de las grandes mayorías del pueblo-nación integrado en un bloque. El aparato de hegemonía puede ser dirigente antes de tomar el poder. Esta es no sólo una posibilidad sociológica sino un ideal. Ideal que Gramsci desarrolla en diversos lugares de su obra.

¿Qué relación podrá haber entre las transformaciones económico-políticas y el sentido común? La respuesta no puede ser especulativa, sino histórica. La forma en que se articule el “bloque histórico”, dirigido en gran medida por algún aparato de hegemonía, tenderá a definir modos de obrar y pensar que incidirán en el sentido común del estado-nación. Estos elementos tenderán a formar una identidad nacional, dentro de la cual se desarrollará una lengua nacional.

Esto supone que el aparato de hegemonía generará instituciones a través de las cuales se convierte en educador. El aparato de hegemonía tenderá a constituirse en estado. Muchas de sus instituciones pueden ser las mismas instituciones del anterior sistema hegemónico, pero transformadas, reorientadas. Todo esto supone una guerra en la que se van ganando posiciones, se va transformando molecularmente la sociedad y se prepara el momento de la guerra de movimiento, de asalto al poder. Se crean condiciones para la creación de un nuevo “bloque histórico”, que no puede más que surgir del viejo pero negado y transformado por una nueva voluntad política que se convierte en hegemónica.

El mundo de la política y del sentido común nunca se constituye cerrado sobre sí mismo. La influencia de otros centros culturales puede ser de gran importancia. Y aunque un pueblo siempre tendrá expresiones culturales propias, puede estar grandemente influido por creaciones externas.

Gramsci señala, por ejemplo, que en la Italia de su tiempo existía una separación entre público y escritores. Que el público italiano buscaba “su” literatura en el exterior, porque la siente más “suya” que la mal llamada nacional. Así puede ser que la literatura de un pueblo quizás no sea la elaborada por sus autores.

“...El pueblo de referencia puede estar subordinado a la hegemonía inte-

⁹Antonio Gramsci, op. cit., p. 48.

lectual y moral de otros pueblos. Y con frecuencia es esta la paradoja más estridente para muchas tendencias monopolistas de carácter nacionalista y represivo: mientras construyen grandiosos planes de hegemonía, no se dan cuenta que son objetos de una hegemonía extranjera, así como mientras hacen planes imperialistas, en realidad son objeto de otros imperialismos”.¹⁰

Los sentidos comunes tienden a reorientarse por los aparatos de hegemonía dentro y fuera del territorio nacional, son plurales e influyen de múltiples maneras en los modos de percibir, de sentir y de añorar la vida social.

Hegemonía y lenguaje

Italia ha tardado en unificar su lenguaje. La conformación de un “bloque histórico” unificado y dirigido por un aparato de hegemonía, apenas empieza a desarrollarse en el siglo XIX.

“En realidad en este último siglo, la cultura unitaria se ha extendido y por consiguiente se ha extendido también una lengua unitaria y común. Pero toda la formación histórica de la nación italiana se ha producido con un ritmo demasiado lento”.¹¹

Cuando Europa salió del medioevo —señala Engels— la clase media en ascenso de las ciudades era un elemento revolucionario. Su fuerza de expansión era grande y su opositor natural era el feudalismo.¹² El gran centro internacional del feudalismo era la Iglesia Católica Romana. Ella unía a toda Europa Occidental feudalizada en una gran unidad política, pese a todas sus guerras intestinas. Contraponía esta unidad tanto al mundo cismático griego como al mundo mahometano.¹³ La hegemonía de la Iglesia sobre la vieja Europa medieval desarrolló una cierta unidad cultural en el occidente europeo. Pero esa unidad era fundamentalmente de las élites intelectuales. La hegemonía vaticana no hizo posible, por supuesto, la consolidación de unidades nacionales.

A fines de la edad media, y en el surgimiento de los nuevos estados nacionales con el renacimiento, la cultura dirigida por la iglesia estaba en franca desintegración. Italia era la sede del poder papal, pero no era una unidad nacional.

“...La nueva civilización no es ‘nacional’ sino de clases, y asumirá la forma ‘comunal’ y local, no unitaria; no sólo políticamente, sino incluso ‘culturalmente’. Por lo tanto, nace ‘dialectal’ y tendrá que esperar al mayor florecimiento del siglo XIV toscano para unificarse, hasta cierto punto,

¹⁰ Antonio Gramsci, *Literatura y vida nacional*, Juan Pablos Ed., México, p. 103.

¹¹ *Ibid.*, p. 225.

¹² Federico Engels, “Prólogo a la traducción inglesa de la obra ‘Del socialismo utópico al socialismo científico’ de Engels”, *Obras escogidas, Tomo II*, Ed. Progreso, Moscú, 1971, p. 98.

¹³ *Ibid.*

lingüísticamente. La unidad cultural no era un dato que existiera anteriormente, todo lo contrario, existía una ‘universalidad europeo-católico-cultural’ y la nueva civilización reaccionaba contra ese universalismo, cuya base era Italia, con los dialectos locales y con el llevar al primer plano los intereses prácticos de los grupos burgueses municipales...”.¹⁴

Hasta el siglo XIX el lenguaje eclesial seguía siendo patrimonio de unos cuantos. El Vaticano continúa su influencia curialesca común a toda Italia y a muchas partes del mundo, pero no representaba las aspiraciones de los pueblos, ni hablaba en su lenguaje. Los dialectos estaban lejos de los latines y las costumbres cosmopolitas de la iglesia romana.

Sin embargo, el Partido de Acción retoma algo de aquel viejo lenguaje, junto con su aspiración de unir a Italia. “El Partido de la Acción estaba impregnado de la retórica tradicional de la literatura italiana: confundía la unidad cultural existente en la península —limitada sin embargo a un estrato muy delgado de la población e infectada de cosmopolitismo vaticano— con la unidad política y territorial de las grandes masas populares que eran ajenas a esa tradición cultural y no tenían el menor interés por ella, en caso de conocer siquiera su existencia”.¹⁵

La unificación lingüística era un proceso complejo que suponía el desarrollo y la transformación del sentido común. Pero la transformación del sentido común y de sus signos lingüísticos, se dará a nivel de cada poblado y hasta de cada familia. La dirección hegemónica no puede, por más influencia política que tenga, decretar y dirigir en todos sus momentos ese complejo proceso que supone muchos desarrollos: la unificación de expectativas sociales, causas comunes, finalidades sociales compartidas, interacción con la dirección hegemónica y sus representantes. La dirección hegemónica tendrá mayor aceptación y su discurso será mejor asimilado, en tanto vincule las expectativas de todo el bloque a cada una de las tradiciones culturales que lo conforman.

Paradójicamente, la comunicación política no podrá ser siempre la misma para todo el bloque. Necesariamente habrá diferencias en todo el poblamiento y el aparato de hegemonía debe estructurarse a fin de hablar el lenguaje de todos, y con eso desarrollar un lenguaje unitario. Gramsci en *Literatura y vida nacional* nos explica la cuestión: “...el proceso de formación, difusión y desarrollo de una lengua nacional unitaria, adviene a través de todo un complejo de procesos moleculares, es útil tener conciencia de todo el proceso en su complejo, para estar en condiciones de intervenir activamente sobre él con el máximo de resultados. Esta intervención no debe ser considerada como ‘decisiva’ e imaginar que los fines propuestos serán todos logrados en sus pormenores, es decir que se obtendrá una *determinada* lengua unitaria: se obtendrá una *lengua unitaria* si ella es una necesidad, y la intervención

¹⁴ Antonio Gramsci, *El Risorgimento*, Juan Pablos Ed., México, 1980, p. 45.

¹⁵ *Ibid.*, p. 103.

organizada acelera el tiempo del proceso ya existente. ¿Cuál será el tiempo necesario para formar esa lengua? No se puede prever y establecer. Pero de todas maneras, si la intervención es 'racional' estará ligada orgánicamente a la tradición, lo cual no deja de tener importancia en la economía de la cultura".¹⁶

En España la unificación de la lengua se impulsó poderosamente con la reconquista. Siglos de lucha contra los moros desarrollaron una fuerte unidad lingüística, política y cultural, que se proyectará poderosamente sobre América. Don Ramón Menéndez Pidal nos señala que: "Dada la uniformación lingüística que la reconquista operó sobre el centro y sur de España, unificación mucho más antigua y más profunda que cualquier porción semejante de territorio en Francia o en Italia, el dialectalismo de esa gran región es muy leve, y el dar en ella por local una voz sólo significa, en muchos casos, la ignorancia de que se use en otras partes".¹⁷

Las investigaciones de Don Ramón y su escuela española de lingüística, mucho nos ayudarían, como hispanohablantes, a construir una teoría del desarrollo de nuestro mundo político-cultural, sobre todo desde el punto de vista de las sucesivas transformaciones semánticas de nuestra lengua, vinculadas o derivadas de los movimientos sociales.

La conquista del poder por un nuevo aparato de hegemonía, tiende a re-normativizar todo el bloque histórico, la normatividad nueva se orienta a generar una nueva voluntad política y una nueva moral.

Readaptar los patrones culturales para construir una nueva ética nacional-popular, supone un fuerte desarrollo institucional, donde las finalidades sociales sean claras y adaptables a las diferencias culturales. Esto respecto del desarrollo de una nueva lengua nacional, supone la creación implícita o explícita de una gramática normativa. La gramática normativa tenderá a definir estructuras conceptuales coherentes, que aspiran a ser asimiladas por su capacidad de adaptación a las finalidades populares y a sus tradiciones culturales. "La gramática normativa escrita presupone siempre, por lo tanto, una 'elección', una dirección cultural, es decir, un acto de política cultural-nacional. Podrá discutirse sobre la mejor manera de presentar la 'elección' y la 'dirección' para hacerles aceptar voluntariamente, es decir, podrá discutirse sobre los medios más oportunos para obtener el fin: pero no puede haber dudas de que existe un fin a alcanzar que tiene necesidad de medios idóneos y adecuados, es decir, que se trata de un acto político".¹⁸

Es necesario, para cohesionar una hegemonía, desarrollar un lenguaje normativizado según sus finalidades. La lucha entre hegemonías incide también en el lenguaje y lo transforma más o menos rápidamente. Por eso señala Gramsci que: "Toda vez que de una manera u otra aflora la cuestión de la en-

¹⁶ Antonio Gramsci, *Literatura y vida nacional*, op. cit., p. 225.

¹⁷ Ramón Menéndez Pidal, *Estudios de lingüística*, Ed. Espasa Calpe, Col. Austral N° 1312, Madrid 1961, p. 114.

¹⁸ Antonio Gramsci, op. cit., p. 224.

gua, significa que se están imponiendo una serie de otros problemas: la formación y la ampliación de la clase dirigente, la necesidad de establecer relaciones más íntimas y seguras entre los grupos dirigentes y la masa popular-nacional, es decir, de reorganizar la hegemonía cultural”.¹⁹

¹⁹ *Ibid.*, p. 225.